

DICASTERO PARA LA EVANGELIZACIÓN

SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL
MUNDO

**JESUCRISTO SE HIZO
POBRE POR USTEDES**

VI JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

13 NOVIEMBRE DE 2022

SUBSIDIO PASTORAL

San Pablo

Un agradecimiento particular a

- Rev. Francesco Dell'Orco (Arquidiócesis de Trani – Barletta – Bisceglie)
- Rev. Pierpaolo Lippo (Pontificio Instituto Bíblico – Roma)

por su aporte a la realización de este subsidio.

Edición: a cargo de don Alessandro Ampani

© 2022 Edizioni San Paolo s.r.l.
Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano)
www.edizionisanpaolo.it
Distribuzione: Diffusione San Paolo s.r.l.
Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano)

© 2022 Periodici San Paolo s.r.l.
Via Giotto, 36 - 20145 Milano

Per i testi del Papa © Libreria Editrice Vaticana – Dicastero per la Comunicazione

Allegato a Crede di questa settimana
Direttore responsabile: Vincenzo Vitale
Settimanale registrato presso il Tribunale
di Alba il 23/10/2012, n. 4/12

Progetto grafico: Giacomo Travisani

Tutti i diritti riservati.

Nessuna parte di questo volume potrà essere pubblicata, riprodotta, archiviata su supporto elettronico, né trasmessa con alcuna forma o alcun mezzo meccanico o elettronico, né fotocopiata o registrata, o in altro modo divulgata, senza il permesso scritto della casa editrice.

L'Editore ha fatto quanto nelle sue possibilità per individuare e rintracciare tutti i detentori dei diritti fotografici. Nell'eventualità che immagini di competenza altrui siano riprodotte in questo sussidio, l'Editore rimane a disposizione degli aventi diritto.

Stampa:

ISBN XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

JESUCRISTO SE HIZO POBRE POR USTEDES

Presentación

«Frente a los pobres no se hace retórica, sino que se ponen manos a la obra y se practica la fe involucrándose directamente, sin delegar en nadie». La expresión de Papa Francisco en el Mensaje para la próxima *Jornada Mundial de los Pobres* impresiona por su claridad. Es una provocación que llega a todos aquellos que nutren una particular sensibilidad hacia los hermanos y hermanas que viven en las diversas formas de dificultad. Conocemos personas que han decidido dedicar sus vidas al servicio de los pobres. Ellos bien conocen mediante su trabajo cotidiano lo que significa hacerse pobre con los pobres. La retórica desaparece para dar espacio a la participación y al compartir. Es esta la elección hecha por quien se ha dado cuenta de encontrarse ante el caso serio de la vida cristiana. Ante quien pide ayuda no se llama a otros para socorrerlo, sino que se pone manos a la obra.

El lema elegido para este año es marcadamente cristológico y lleva consigo una enseñanza que ayuda a reflexionar en primera persona. *Jesús se hizo pobre por mi!* Apartar la vista ante esta realidad equivale a no comprender o malinterpretar todo el Evangelio. El apóstol ubica el misterio de la encarnación en la elección de la pobreza hecha por el Hijo de Dios para permitirle a los pobres recuperar la riqueza perdida. Esos pobres somos todos nosotros, sin excepción. La pobreza no es una de las tantas palabras evangélicas. Pablo la coloca sobre todas las otras palabras porque ve en ella la expresión fundante del amor trinitario de Dios. La fuerza del amor por la humanidad perdida en la búsqueda de lo superficial lleva al Hijo de Dios a hacerse hombre, asumiendo en sí mismo la pobreza de la naturaleza humana. Este misterio quedará por siempre en la historia como el desafío más grande por aceptar.

En una cultura que a menudo representa el culmen de la felicidad con el logro de la riqueza material y del éxito efímero, esta enseñanza evangélica parece tan lejana que es relegada a lo poco serio o a lo ridículo. Es fácil culpar de la pobreza a cuantos han caído en la miseria a causa del egoísmo y del egoísmo. Sin embargo, allí donde el mundo margina, allí Dios ha elegido habitar. Lo suyo es un verdadero compartir y un participar, porque no ha delegado a otros el hacerse pobre con los pobres. No hay alternativa: solo en la medida en que cada uno se hace verdaderamente consciente de ser pobre puede comprender que Jesús comparte su experiencia de vida y lo salva. Guardar los mandamientos, como el joven rico de la parábola, es ciertamente digno de elogio y merece respeto.

Seguir a Cristo dejando todo exige la fuerza de la gracia que actúa cuando se acepta el ser pobres y necesitados de la guía del Espíritu que fortalece.

La próxima *Jornada Mundial de los Pobres* es una invitación que, por un lado estimula a tomar consciencia de la propia condición y, por otro, impulsa a asumir en primera persona el compromiso por el servicio compartido hacia quienes no tienen siquiera lo más mínimo para vivir dignamente. En los últimos meses nuestras comunidades han acogido a muchos ucranianos obligados a escapar por el miedo de la guerra. Entre ellos, muchos son niños y niñas que tendrán por siempre las heridas de la guerra y del exilio. Es tiempo de no cansarse de ofrecer signos de solidaridad cristiana, sin apartar la mirada de muchas otras formas de pobreza que nos rodean.

Este *Subsidio* pastoral busca unir la oración a los gestos necesarios para que la *Jornada Mundial* no pase sin dejar un signo tangible de participación personal y de concreta solidaridad en nombre de la fe que se hace caridad y se convierte en esperanza.

✠ Rino Fisichella

*Pro-Prefecto del Dicasterio para la Evangelización
Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo*

**Mensaje del Santo Padre Francisco
para la VI Jornada Mundial de los Pobres**

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario
13 de noviembre de 2022

Jesucristo se hizo pobre por ustedes (cfr. 2 Cor 8, 9)

1. “Jesucristo se hizo pobre por ustedes” (cf. 2 Cor 8, 9). Con estas palabras el apóstol Pablo se dirige a los primeros cristianos de Corinto, para dar fundamento a su compromiso solidario con los hermanos necesitados. La *Jornada Mundial de los Pobres* se presenta también este año como una sana provocación para ayudarnos a reflexionar sobre nuestro estilo de vida y sobre tantas pobrezas del momento presente.

Algunos meses atrás, el mundo estaba saliendo de la tempestad de la pandemia, mostrando signos de recuperación económica que traerían alivio a millones de personas empobrecidas por la pérdida del empleo. Se vislumbraba un poco de serenidad que, sin olvidar el dolor por la pérdida de los seres queridos, prometía finalmente poder regresar a las relaciones interpersonales directas, a reencontrarnos sin limitaciones o restricciones. Y es entonces que ha aparecido en el horizonte una nueva catástrofe, destinada a imponer al mundo un escenario diferente.

La guerra en Ucrania vino a agregarse a las guerras regionales que en estos años están trayendo muerte y destrucción. Pero aquí el cuadro se presenta más complejo por la directa intervención de una “superpotencia”, que pretende imponer su voluntad contra el principio de autodeterminación de los pueblos. Se repiten escenas de trágica memoria y una vez más el chantaje recíproco de algunos poderosos acalla la voz de la humanidad que invoca la paz.

2. ¡Cuántos pobres genera la insensatez de la guerra! Dondequiera que se mire, se constata cómo la violencia afecta a los indefensos y a los más débiles. Deportación de miles de personas, especialmente niños y niñas, para desarraigarlos e imponerles otra identidad. Se vuelven actuales las palabras del Salmista ante la destrucción de Jerusalén y el exilio de los jóvenes hebreos: «Junto a los ríos de Babilonia / nos sentábamos a llorar, / acordándonos de Sión. / En los sauces de las orillas / teníamos colgadas nuestras cítaras. / Allí nuestros carceleros / nos pedían cantos, / y nuestros opresores, alegría. / [...] ¿Cómo podíamos cantar un canto del Señor / en tierra extranjera?» (Sal 137, 1-4).

Son millones las mujeres, los niños, los ancianos obligados a desafiar el peligro de las bombas con tal de ponerse a salvo buscando amparo como refugiados en los países vecinos. Los que permanecen en las zonas de conflicto, conviven cada día con el miedo y la falta de alimentos, agua, atención médica y sobre todo de cariño. En estas situaciones, la razón se oscurece y quienes sufren

las consecuencias son muchas personas comunes, que se suman al ya gran número de indigentes. ¿Cómo dar una respuesta adecuada que lleve alivio y paz a tantas personas, dejadas a merced de la incertidumbre y la precariedad?

3. En este contexto tan contradictorio se enmarca la *VI Jornada Mundial de los Pobres*, con la invitación —tomada del apóstol Pablo— a tener la mirada fija en Jesús, el cual «siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8, 9). En su visita a Jerusalén, Pablo se había encontrado con Pedro, Santiago y Juan, quienes le habían pedido que no se olvidara de los pobres. La comunidad de Jerusalén, en efecto, se encontraba en graves dificultades por la carestía que azotaba al país, y el Apóstol se había preocupado inmediatamente de organizar una gran colecta en favor de los pobres. Los cristianos de Corinto se mostraron muy sensibles y disponibles. Por indicación de Pablo, cada primer día de la semana recogían lo que habían logrado ahorrar y todos eran muy generosos.

Como si el tiempo no hubiera transcurrido desde aquel momento, también nosotros cada domingo, durante la celebración de la Santa Eucaristía, realizamos el mismo gesto, poniendo en común nuestras ofrendas para que la comunidad pueda proveer a las exigencias de los más pobres. Es un signo que los cristianos siempre han realizado con alegría y sentido de responsabilidad, para que a ninguna hermana o hermano le falte lo necesario. Lo atestigua ya san Justino, que, en el segundo siglo, explicando la celebración dominical de los cristianos al emperador Antonio Pío, escribía así: «En el día llamado “del Sol” se reúnen todos juntos, habitantes de la ciudad o del campo, y se leen las memorias de los Apóstoles o los escritos de los profetas según el tiempo lo permita. [...] Luego se hace la fracción y distribución de los elementos consagrados a cada uno y a través de los diáconos se envía a los ausentes. Los adinerados y los que lo desean dan libremente, cada uno lo que quiere y lo que se recoge viene depositado con el sacerdote. Este socorre a los huérfanos, a las viudas, y a quien es indigente por enfermedad o por cualquier otra causa, a los encarcelados, a los extranjeros que se encuentran entre nosotros: en resumen, tiene cuidado de cualquiera que esté en necesidad» (*Primera Apología*, LXVII, 1-6).

4. Regresando a la comunidad de Corinto, después del entusiasmo inicial, su compromiso comenzó a disminuir y la iniciativa propuesta por el Apóstol perdió fuerza. Es este el motivo que estimula a Pablo a escribir de manera apasionada insistiendo en la colecta, «llévenla ahora a término, para que los hechos respondan, según las posibilidades de cada uno, a la decisión de la voluntad» (2 Cor 8, 11).

Pienso en este momento en la disponibilidad que, en los últimos años, ha movido a enteras poblaciones a abrir las puertas para acoger millones de refugiados de las guerras en Oriente Medio,

en África central y ahora en Ucrania. Las familias han abierto de par en par sus casas para hacer espacio a otras familias, y las comunidades han recibido con generosidad tantas mujeres y niños para ofrecerles la debida dignidad. Sin embargo, mientras más dura el conflicto, más se agravan sus consecuencias. A los pueblos que acogen les resulta cada vez más difícil dar continuidad a la ayuda; las familias y las comunidades empiezan a sentir el peso de una situación que va más allá de la emergencia. Este es el momento de no ceder y de renovar la motivación inicial. Lo que hemos comenzado necesita ser llevado a cumplimiento con la misma responsabilidad.

5. La solidaridad, en efecto, es precisamente esto: compartir lo poco que tenemos con quienes no tienen nada, para que ninguno sufra. Mientras más crece el sentido de comunidad y de comunión como estilo de vida, mayormente se desarrolla la solidaridad. Por otra parte, es necesario considerar que hay países donde, en las últimas décadas, se ha producido un importante aumento del bienestar para muchas familias, que han alcanzado un estado de vida seguro. Este es un resultado positivo debido a la iniciativa privada y a leyes que han apoyado el crecimiento económico articulado con un incentivo concreto a las políticas familiares y a la responsabilidad social. El patrimonio de seguridad y estabilidad logrado pueda ahora ser compartido con aquellos que se han visto obligados a abandonar su hogar y su país para salvarse y sobrevivir. Como miembros de la sociedad civil, mantengamos vivo el llamado a los valores de libertad, responsabilidad, fraternidad y solidaridad. Y como cristianos encontremos siempre en la caridad, en la fe y en la esperanza el fundamento de nuestro ser y nuestro actuar.

6. Es interesante observar que el Apóstol no quiere obligar a los cristianos forzándolos a una obra de caridad. De hecho, escribe: «Esta no es una orden» (2 Cor 8, 8); más bien, pretende “manifestar la sinceridad” de su amor en la atención y solicitud por los pobres (cf. *ibíd.*). Como fundamento de la petición de Pablo está ciertamente la necesidad de una ayuda concreta, pero su intención va más allá. Él invita a realizar la colecta para que sea un signo del amor, tal como lo ha testimoniado el mismo Jesús. En definitiva, la generosidad hacia los pobres encuentra su motivación más fuerte en la elección del Hijo de Dios que quiso hacerse pobre Él mismo.

El Apóstol, en efecto, no teme afirmar que esta elección de Cristo, este “despojo” suyo, es una «gracia», más aún, «la gracia de nuestro Señor Jesucristo» (2 Cor 8, 9), y sólo acogiéndola podemos dar expresión concreta y coherente a nuestra fe. La enseñanza de todo el Nuevo Testamento tiene su unidad en torno a este tema, que también se refleja en las palabras del apóstol Santiago: «Pongan en práctica la Palabra y no se contenten sólo con oírla, de manera que se engañen a ustedes mismos. El que oye la Palabra y no la practica, se parece a un hombre que se mira en el espejo, pero en seguida se va y se olvida de cómo es. En cambio, el que considera atentamente la Ley perfecta, que nos hace

libres, y se aficiona a ella, no como un oyente distraído, sino como un verdadero cumplidor de la Ley, será feliz al practicarla» (St 1, 22-25).

7. Frente a los pobres no se hace retórica, sino que se ponen manos a la obra y se practica la fe involucrándose directamente, sin delegar en nadie. A veces, en cambio, puede prevalecer una forma de relajación, lo que conduce a comportamientos incoherentes, como la indiferencia hacia los pobres. Sucede también que algunos cristianos, por un excesivo apego al dinero, se empantanar en el mal uso de los bienes y del patrimonio. Son situaciones que manifiestan una fe débil y una esperanza endeble y miope.

Sabemos que el problema no es el dinero en sí, porque este forma parte de la vida cotidiana y de las relaciones sociales de las personas. Más bien, lo que debemos reflexionar es sobre el valor que tiene el dinero para nosotros: no puede convertirse en un absoluto, como si fuera el fin principal. Tal apego impide observar con realismo la vida de cada día y nubla la mirada, impidiendo ver las necesidades de los demás. Nada más dañino le puede acontecer a un cristiano y a una comunidad que ser deslumbrados por el ídolo de la riqueza, que termina encadenando a una visión de la vida efímera y fracasada.

Por lo tanto, no se trata de tener un comportamiento asistencialista hacia los pobres, como suele suceder; es necesario, en cambio, hacer un esfuerzo para que a nadie le falte lo necesario. No es el activismo lo que salva, sino la atención sincera y generosa que permite acercarse a un pobre como a un hermano que tiende la mano para que yo me despierte del letargo en el que he caído. Por eso, «nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Ésta es una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales. [...] Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 201). Es urgente encontrar nuevos caminos que puedan ir más allá del marco de aquellas políticas sociales «concebidas como una política *hacia* los pobres pero nunca *con* los pobres, nunca *de* los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 169). En cambio, es necesario tender a asumir la actitud del Apóstol que podía escribir a los corintios: «No se trata de que ustedes sufran necesidad para que otros vivan en la abundancia, sino de que haya igualdad» (2 Cor 8, 13).

8. Hay una paradoja que hoy como en el pasado es difícil de aceptar, porque contrasta con la lógica humana: hay una pobreza que enriquece. Haciendo referencia a la “gracia” de Jesucristo, Pablo quiere confirmar lo que Él mismo predicó, es decir, que la verdadera riqueza no consiste en acumular «tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los consumen, y los ladrones perforan las paredes

y los roban» (Mt 6, 19), sino en el amor recíproco que nos hace llevar las cargas los unos de los otros para que nadie quede abandonado o excluido. La experiencia de debilidad y limitación que hemos vivido en los últimos años, y ahora la tragedia de una guerra con repercusiones globales, nos debe enseñar algo decisivo: no estamos en el mundo para sobrevivir, sino para que a todos se les permita tener una vida digna y feliz. El mensaje de Jesús nos muestra el camino y nos hace descubrir que hay una pobreza que humilla y mata, y hay otra pobreza, la suya, que nos libera y nos hace felices.

La pobreza que mata es la miseria, hija de la injusticia, la explotación, la violencia y la injusta distribución de los recursos. Es una pobreza desesperada, sin futuro, porque la impone la cultura del descarte que no ofrece perspectivas ni salidas. Es la miseria que, mientras constriñe a la condición de extrema pobreza, también afecta la dimensión espiritual que, aunque a menudo sea descuidada, no por esto no existe o no cuenta. Cuando la única ley es la del cálculo de las ganancias al final del día, entonces ya no hay freno para pasar a la lógica de la explotación de las personas: los demás son sólo medios. No existen más salarios justos, horas de trabajo justas, y se crean nuevas formas de esclavitud, sufridas por personas que no tienen otra alternativa y deben aceptar esta venenosa injusticia con tal de obtener lo mínimo para su sustento.

La pobreza que libera, en cambio, es la que se nos presenta como una elección responsable para aligerar el lastre y centrarnos en lo esencial. De hecho, se puede encontrar fácilmente esa sensación de insatisfacción que muchos experimentan, porque sienten que les falta algo importante y van en su búsqueda como errantes sin una meta. Deseosos de encontrar lo que pueda satisfacerlos, tienen necesidad de orientarse hacia los pequeños, los débiles, los pobres para comprender finalmente aquello de lo que verdaderamente tenían necesidad. El encuentro con los pobres permite poner fin a tantas angustias y miedos inconsistentes, para llegar a lo que realmente importa en la vida y que nadie nos puede robar: el amor verdadero y gratuito. Los pobres, en realidad, antes que ser objeto de nuestra limosna, son sujetos que nos ayudan a liberarnos de las ataduras de la inquietud y la superficialidad.

Un padre y doctor de la Iglesia, san Juan Crisóstomo, en cuyos escritos se encuentran fuertes denuncias contra el comportamiento de los cristianos hacia los más pobres, escribió: «Si no puedes creer que la pobreza te enriquece, piensa en tu Señor y deja de dudar de esto. Si Él no hubiera sido pobre, tú no serías rico; esto es extraordinario, que de la pobreza surgió abundante riqueza. Pablo quiere decir aquí con “riquezas” el conocimiento de la piedad, la purificación de los pecados, la justicia, la santificación y otras mil cosas buenas que nos han sido dadas ahora y siempre. Todo esto lo tenemos gracias a la pobreza» (*Homilías sobre la II Carta a los Corintios*, 17, 1).

9. El texto del Apóstol al que se refiere esta *VI Jornada Mundial de los Pobres* presenta la gran paradoja de la vida de fe: la pobreza de Cristo nos hace ricos. Si Pablo pudo dar esta enseñanza —y la Iglesia difundirlo y testimoniarlo a lo largo de los siglos— es porque Dios, en su Hijo Jesús,

eligió y siguió este camino. Si Él se hizo pobre por nosotros, entonces nuestra misma vida se ilumina y se transforma, y adquiere un valor que el mundo no conoce ni puede dar. La riqueza de Jesús es su amor, que no se cierra a nadie y va al encuentro de todos, especialmente de los que son marginados y privados de lo necesario. Por amor se despojó a sí mismo y asumió la condición humana. Por amor se hizo siervo obediente, hasta morir y morir en la cruz (cf. Flp 2, 6-8). Por amor se hizo «pan de Vida» (Jn 6, 35), para que a nadie le falte lo necesario y pueda encontrar el alimento que nutre para la vida eterna. También en nuestros días parece difícil, como lo fue entonces para los discípulos del Señor, aceptar esta enseñanza (cf. Jn 6, 60); pero la palabra de Jesús es clara. Si queremos que la vida venza a la muerte y la dignidad sea rescatada de la injusticia, el camino es el suyo: es seguir la pobreza de Jesucristo, compartiendo la vida por amor, partiendo el pan de la propia existencia con los hermanos y hermanas, empezando por los más pequeños, los que carecen de lo necesario, para que se cree la igualdad, se libere a los pobres de la miseria y a los ricos de la vanidad, ambos sin esperanza.

10. El pasado 15 de mayo canonicé al hermano Charles de Foucauld, un hombre que, nacido rico, renunció a todo para seguir a Jesús y hacerse con Él pobre y hermano de todos. Su vida eremítica, primero en Nazaret y luego en el desierto del Sahara, hecha de silencio, oración y compartir, es un testimonio ejemplar de la pobreza cristiana. Nos hará bien meditar en estas palabras suyas: «No despreciemos a los pobres, a los pequeños, a los trabajadores; ellos no sólo son nuestros hermanos en Dios, sino que son también aquellos que del modo más perfecto imitan a Jesús en su vida exterior. Ellos nos representan perfectamente a Jesús, el Obrero de Nazaret. Son los primogénitos entre los elegidos, los primeros llamados a la cuna del Salvador. Fueron la compañía habitual de Jesús, desde su nacimiento hasta su muerte [...]. Honrémoslos, honremos en ellos las imágenes de Jesús y de sus santos padres [...]. Tomemos para nosotros [la condición] que Él tomó para sí mismo [...]. No dejemos nunca de ser pobres en todo, hermanos de los pobres, compañeros de los pobres, seamos los más pobres de los pobres como Jesús, y como Él amemos a los pobres y rodeémonos de ellos» (*Comentario al Evangelio de Lucas*, Meditación 263)¹. Para el hermano Charles estas no fueron sólo palabras, sino un estilo de vida concreto, que lo llevó a compartir con Jesús el don de la vida misma.

Que esta *VI Jornada Mundial de los Pobres* se convierta en una oportunidad de gracia, para hacer un examen de conciencia personal y comunitario, y preguntarnos si la pobreza de Jesucristo es nuestra fiel compañera de vida.

Roma, San Juan de Letrán, 13 de junio de 2022, Memoria de san Antonio de Padua.

¹ Meditación n. 263 sobre *Lc 2,8-20*: C. DE FOUCAULD, *La Bonté de Dieu. Méditations sur les saints Evangiles (1)*, Nouvelle Cité, Montrouge 1996, 214-216.

Francisco

Homilía del Santo Padre Francisco para la Jornada Mundial de los Pobres

Santa Misa

Basílica de San Pedro

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario, 14 de noviembre de 2021

Las imágenes que Jesús usa en la primera parte del Evangelio de hoy nos dejan consternados: el sol se oscurece, la luna deja de brillar, las estrellas caen y los poderes celestiales tiemblan (cf. Mc 13, 24-25). Pero, un poco después, el Señor nos abre a la esperanza, precisamente en ese momento de oscuridad total el Hijo del hombre vendrá (cf. v. 26), y ya en el presente se pueden vislumbrar los signos de su venida, como cuando se observa una higuera que empieza a brotar porque el verano está cerca (cf. v. 28).

Con la ayuda de este Evangelio podemos leer la historia considerando dos aspectos: *los dolores de hoy y la esperanza del mañana*. Por una parte, se evocan las dolorosas contradicciones en las que en cualquier tiempo la realidad humana permanece inmersa; por otra parte, se percibe el futuro de salvación que le espera, es decir, el encuentro con el Señor que viene para liberarnos de todo mal. Contemplemos estos dos aspectos con la mirada de Jesús.

El primer aspecto: *el dolor de hoy*. Estamos dentro de una historia marcada por tribulaciones, violencia, sufrimientos e injusticias, esperando una liberación que parece no llegar nunca. Sobre todo, los que resultan heridos, oprimidos y a veces pisoteados son los pobres, los anillos más frágiles de la cadena. La Jornada Mundial de los Pobres que estamos celebrando nos pide que no miremos a otra parte, que no tengamos miedo de ver de cerca el sufrimiento de los más débiles, para quienes el Evangelio de hoy es muy actual: el sol de sus vidas frecuentemente se oscurece a causa de la soledad, la luna de sus esperanzas se apaga, las estrellas de sus sueños caen en la resignación y su misma existencia queda alterada. Todo eso a causa de la pobreza que a menudo están forzados a vivir, víctimas de la injusticia y de la desigualdad de una sociedad del descarte que corre velozmente sin tenerlos en cuenta y los abandona sin escrúpulos a su suerte.

Pero, por otra parte, está el segundo aspecto: *la esperanza del mañana*. Jesús quiere abrirnos a la esperanza, arrancarnos de la angustia y del miedo frente al dolor del mundo. Por eso afirma que, justo cuando el sol se oscurece y todo parece que se hunde, Él se hace cercano. En el gemido de nuestra dolorosa historia, hay un futuro de salvación que empieza a brotar. La esperanza del mañana florece en el dolor de hoy. Sí, la salvación de Dios no es sólo una promesa del más allá, sino que ya está creciendo dentro de nuestra historia herida —tenemos un corazón enfermo, todos—, se abre camino entre las opresiones y las injusticias del mundo. Precisamente en medio del llanto de los

pobres, el Reino de Dios despunta como las tiernas hojas de un árbol y conduce la historia a la meta, al encuentro final con el Señor, el Rey del universo que nos liberará de manera definitiva.

En este momento, preguntémonos, ¿qué se nos pide a nosotros cristianos ante esta realidad? Se nos pide que *alimentemos la esperanza del mañana aliviando el dolor de hoy*. Están unidos: si tú no vas por delante aliviando los dolores de hoy, difícilmente tendrás la esperanza del mañana. La esperanza que nace del Evangelio, en efecto, no consiste en esperar pasivamente que en el futuro las cosas vayan mejor, esto no es posible, sino en realizar hoy de manera concreta la promesa de salvación de Dios. Hoy, cada día. La esperanza cristiana no es ciertamente el optimismo beato, es más, diría el optimismo adolescente, del que espera que las cosas cambien y mientras tanto sigue haciendo su propia vida, sino que es construir cada día, con gestos concretos, el Reino del amor, la justicia y la fraternidad que inauguró Jesús. La esperanza cristiana, por ejemplo, no fue sembrada por el levita o por el sacerdote que han pasado delante de aquel hombre herido por los ladrones. Fue sembrada por un extraño, por un samaritano que se ha parado y ha hecho el gesto (cf. Lc 10, 30-35). Y hoy es como si la Iglesia nos dijese: “Detente y siembra esperanza en la pobreza. Acércate a los pobres y siembra esperanza”. La esperanza de aquella persona, la tuya y la de la Iglesia. A nosotros se nos pide esto: que seamos, en medio de las ruinas cotidianas del mundo, incansables constructores de esperanza, que seamos luz mientras el sol se oscurece, que seamos testigos de compasión mientras a nuestro alrededor reina la distracción, que seamos amantes y atentos en medio de la indiferencia generalizada. Testigos de compasión. No podremos nunca hacer el bien sin pasar por la compasión. Como mucho haremos cosas buenas, pero que no tocan la vida cristiana porque no tocan el corazón. Lo que nos hace tocar el corazón es la compasión. Nos acercamos, sentimos la compasión y hacemos gestos de ternura. Precisamente el estilo de Jesús: cercanía, compasión y ternura. Esto se nos pide hoy.

Hace poco recordé algo que repetía un obispo cercano a los pobres, y pobre de espíritu él mismo, don Tonino Bello: «No podemos limitarnos a esperar, tenemos que organizar la esperanza». Si nuestra esperanza no se traduce en opciones y gestos concretos de atención, justicia, solidaridad y cuidado de la casa común, los sufrimientos de los pobres no se podrán aliviar, la economía del descarte que los obliga a vivir en los márgenes no se podrá cambiar y sus esperanzas no podrán volver a florecer. A nosotros, especialmente a nosotros cristianos, nos toca *organizar la esperanza* — hermosa esta expresión de Tonino Bello: organizar la esperanza —, traducirla en la vida concreta de cada día, en las relaciones humanas, en el compromiso social y político. Me hace pensar al trabajo que hacen tantos cristianos en las obras de caridad, al trabajo de la Limosnería Apostólica. ¿Qué se hace allí? Se organiza la esperanza. No se da una moneda, no, se organiza la esperanza. Esta es una dinámica que hoy nos pide la Iglesia.

Hay una imagen de la esperanza que Jesús nos ofrece hoy. Es una imagen sencilla e indicativa al mismo tiempo, se trata de las hojas de la higuera, que brotan sin hacer ruido, señalando que el

verano se acerca. Y estas hojas aparecen, subraya Jesús, cuando las ramas se ponen tiernas (cf. v. 28). Hermanos, hermanas, esta es la palabra que hace surgir la esperanza en el mundo y que alivia el dolor de los pobres: *la ternura*. Compasión que te lleva a la ternura. Nos toca a nosotros superar la cerrazón, la rigidez interior, que es la tentación de hoy, de los “restauracionistas” que quieren una Iglesia totalmente ordenada, completamente rígida. Esto no es del Espíritu Santo. Y debemos superar esto, y hacer germinar en esta rigidez la esperanza. Y depende de nosotros también superar la tentación de ocuparnos sólo de nuestros problemas, para enternecernos frente a los dramas del mundo, para compadecer el dolor. Como las tiernas hojas del árbol, estamos llamados a absorber la contaminación que nos rodea y a transformarla en bien. No sirve hablar de los problemas, polemizar, escandalizarnos —esto lo sabemos hacer todos—, es necesario imitar a las hojas que, sin llamar la atención, cada día transforman el aire contaminado en aire puro. Jesús quiere que seamos “transformadores de bien”, personas que, inmersas en el aire cargado que respiran todos, respondan al mal con el bien (cf. Rm 12, 21). Personas que actúan, que parten el pan con los hambrientos, que trabajan por la justicia, que levantan a los pobres y les restituyen su dignidad, como hizo aquel samaritano.

Es hermosa, es evangélica, es joven una Iglesia que sale de sí misma y, como Jesús, anuncia la buena noticia a los pobres (cf. Lc 4, 18). Me detengo sobre ese adjetivo, el último. Es joven una Iglesia así, con la juventud de sembrar esperanza. Esta es una Iglesia profética, que con su presencia dice a los desalentados y a los descartados del mundo: “Ánimo, el Señor está cerca, también para ti hay un verano que brota en el corazón del invierno. También de tu dolor puede resurgir esperanza”. Hermanos y hermanas, llevemos esta mirada de esperanza al mundo. Llevémosla con ternura a los pobres, con cercanía, con compasión, sin juzgarlos —nosotros seremos juzgados—. Porque allí, junto a ellos, junto a los pobres, está Jesús; porque allí, *en ellos*, está Jesús que nos espera.

Lectio divina

Lectio

2 Cor 8, 1-24

¹Os informamos, hermanos, de la gracia que Dios ha concedido a las iglesias de Macedonia: ²en las pruebas y tribulaciones ha crecido su alegría, y su pobreza extrema se ha desbordado en tesoros de generosidad. ³Puesto que, según sus posibilidades, os lo aseguro, e incluso por encima de sus posibilidades, con toda espontaneidad ⁴nos pedían insistentemente la gracia de poder participar en la colecta en favor de los santos. ⁵Y, superando nuestras expectativas, se entregaron a sí mismos, primero al Señor y además a nosotros, conforme a la voluntad de Dios. ⁶En vista de eso, le pedimos a Tito que concluyera esta obra de caridad entre vosotros, ya que había sido él quien la había comenzado. ⁷Y lo mismo que sobresalís en todo —en fe, en la palabra, en conocimiento, en empeño y en el amor que os hemos comunicado—, sobresalid también en esta obra de caridad. ⁸No os lo digo como un mandato, sino que deseo comprobar, mediante el interés por los demás, la sinceridad de vuestro amor. ⁹Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza. ¹⁰En este asunto os doy un consejo: ya que vosotros comenzasteis no solo a hacer la colecta, sino también a tomar la iniciativa, os conviene ¹¹que ahora la concluyáis; de este modo, a la prontitud en el deseo corresponderá la realización según vuestras posibilidades. ¹²Porque, si hay buena voluntad, se le agradece lo que uno tiene, no lo que no tiene. ¹³Pues no se trata de aliviar a otros, pasando vosotros estrecheces; se trata de igualar. ¹⁴En este momento, vuestra abundancia remedia su carencia, para que la abundancia de ellos remedie vuestra carencia; así habrá igualdad. ¹⁵Como está escrito: Al que recogía mucho no le sobraba; y al que recogía poco no le faltaba. ¹⁶¡Gracias a Dios, que ha puesto en el corazón de Tito este mismo afán por vosotros! ¹⁷Es decir, aceptó la recomendación y, más solícito que nunca, fue espontáneamente a visitaros. ¹⁸Enviamos con él al hermano que se ha hecho célebre en todas las iglesias a causa del Evangelio. ¹⁹Y no solo esto, sino que ha sido elegido por las iglesias como compañero nuestro de viaje en esta colecta que administramos para gloria del Señor y por iniciativa nuestra. ²⁰Así evitamos que nadie nos critique por la administración de esta importante suma, ²¹porque nuestras intenciones son limpias, no solo ante el Señor, sino también ante los hombres. ²²Enviamos también con ellos a otro hermano nuestro, cuya solicitud hemos comprobado muchas veces en muchos asuntos; ahora se muestra más solícito aún, por la gran confianza que tiene en vosotros. ²³Respecto a Tito, es compañero mío y colabora conmigo en vuestros asuntos; respecto a los demás hermanos, son delegados de las iglesias y gloria de Cristo. ²⁴Mostradles, pues, vuestro amor y el orgullo que siento por vosotros ante las iglesias.

La colecta para los pobres y la ejemplaridad de Cristo

La situación epistolar que hay detrás de 2 Cor 8, 9 está lejos de ser tranquila. Pablo se encuentra ante uno de los más difíciles “problemas” de naturaleza eclesial que preocupan su corazón de padre y de maestro. Se trata de la cuestión de la colecta destinada a los “santos de la iglesia de Jerusalén”. En sus cartas se observa claramente la preponderancia que tiene el uso de la diatriba, recurso típico de las escuelas de retórica antigua. La estrategia estilística se apoya en una clara toma de posición por parte del Apóstol: favorecer la conversión de sus destinatarios y sostenerlos en su camino de crecimiento en la fe y de apropiación progresiva del mensaje cristiano. Este estilo argumentativo no está ausente en la segunda carta a los Corintios. Ella nace a partir del

restablecimiento de la relación entre Pablo y la comunidad, el cual asume el tono de una clara y confortable reconciliación. Las acusaciones dirigidas sin escrúpulos contra el Apóstol, según las cuales “regateaba” con la Palabra de Dios y vivía en una suerte de dimensión comportamental esquizofrénica – firme en sus escritos y modesto en la presencia – movido por un supuesto “enemigo” que se insinuó en medio de las comunidades corintias, parecen haber sido del todo neutralizadas. La mediación de Tito, válido e incansable colaborador, hizo surgir un efecto benéfico. La gracia del perdón sobreabundó por sobre el viento de tormenta que amenazaba con poner en peligro los fundamentos de una comunidad a la cual había dedicado más de un año de misión y cuatro cartas, de las cuales solo dos se conservan en el canon de las Escrituras. Una vez reestablecidas las relaciones de confianza con los corintios, después de las reconfortantes noticias entregadas por Tito (cfr. 2 Cor 7, 5-16), Pablo puede exhortarlos a retomar la colecta interrumpida en el año precedente (cfr. 2 Cor 8, 10).

La exhortación no va, como es frecuente, desde lo general a lo particular, sino que va desde lo particular de la organización relativa a la colecta (cfr. 2 Cor 8, 1-24) a lo general de su valor espiritual (cfr. 2 Cor 9, 11-15). El epílogo de la sección y el agradecimiento final anticipan la gratitud de la comunidad de Jerusalén por el don de la colecta, prescindiendo del efecto que tendrá en los corintios la exhortación paulina. Pero, ¿de qué se trata?, ¿cuál es la función de la colecta?, ¿a quién estaba destinada?

La definición que utiliza Pablo es *logeia*, es decir, “colección” (del griego *legein* = recoger). Sin embargo, el apóstol prefiere el uso de sinónimos que representen eufemismos útiles para elevar el significado: *eulogia* (cfr. 2 Cor 9, 5.5.6), *charis* (cfr. 1 Cor 16, 3; 2 Cor 8, 6), *haplotēs* (2 Cor 8, 2), *agapē* (cfr. 2 Cor 8, 24). El énfasis del significado del término “colecta” y el sentido teológico que este adquiere sugieren cómo para Pablo represente una acción de gracias y de bendición, motivo por el cual marca un punto decisivo para la continuación de su misión. El Apóstol aprovecha esta obra de gracia que no es desconocida para los corintios. Ellos, de hecho, ya han experimentado, no en sentido ideológico, la cualidad de la colecta como acto que hace concreto el compartir de la riqueza de Dios, asumida por Cristo en términos paradójales. El texto se presenta desde su *incipit* con una nota intencionalmente ilógica: ¿cómo es posible que Jesucristo, despojado de su riqueza originaria, puede hacer ricos a través de la entrega de su pobreza? En la misma carta, en 2 Cor 5, 21, la paradoja de Cristo es relacionada con la condición del pecado: Él, que no conocía el pecado, Dios lo hizo pecado en favor nuestro, para que en la destrucción del pecado, luego de su muerte infame, todo hombre, reinserto en el misterio redentor de la gracia, llegara a ser justicia de Dios. En Cristo es posible encontrar el modelo para todo creyente. Es en su referencia al prójimo que se mide la posibilidad de la imitación de la caridad de Cristo. En este sentido, la paradoja de la pobreza enriquecedora encuentra una solución racional. Como, de hecho, el amor de Cristo llega al nivel agápico y se hace manifiesto porque encuentra su referencia en cada hombre, así el amor que se nutre para el prójimo alcanza el grado alto de la caridad divina porque tiene como modelo a Jesús que se empobrece para enriquecer, hasta llegar al don total de sí mismo. En definitiva, es posible encontrar una referencia común en el modo de amar de Cristo y de cada creyente. San Pablo lo muestra a los corintios a través del uso retórico de un imperceptible pero fundamental complemento de ventaja: “por ustedes” (cfr. v. 9). La sobreabundancia de la caridad parte desde la desventaja de la condición de una pobreza paradójica que se enriquece en la dinámica del don. Esta última, tomando e implicando la pobreza de los otros, aumenta de valor y se predispone a transformarse en posibilidad de compartir la misma pobreza, convirtiéndose en riqueza para el prójimo. A partir del ejemplo cristológico, Pablo puede construir la estructura que sostiene la invitación a los corintios de concluir la colecta que habían iniciado el año precedente. Desde esta perspectiva, resulta útil tomar en cuenta el ejemplo de la caridad de los

macedonios, que es asumido por Pablo para reforzar la importancia de su solicitud. Los hermanos de Macedonia «se entregaron a sí mismos, primero al Señor» (cfr. 2 Cor 8, 5) y, en obediencia a Dios, se pusieron a disposición de Pablo y de sus colaboradores. En consecuencia, no es la cantidad del don de los corintios que decide las suertes económicas de los hermanos más pobres de la Iglesia de Jerusalén, sino su calidad. El Apóstol, intencionalmente, subraya que las iglesias de Macedonia son comunidades particularmente tribuladas, puestas a la prueba y en extrema pobreza (cfr. 2 Cor 8, 2). El principio de la solidaridad cristiana encuentra su fundamento no tanto en la entrega de importantes donaciones por parte de personas acomodadas, sino en el sacrificio gozoso de quien enfrenta día a día grandes dificultades económicas. Las iglesias de Macedonia están formadas por pobres que saben ayudar a otros pobres. La solidaridad así entendida genera una cultura de la proximidad que se apoya en el principio de la igualdad social de matriz eclesiológica. Esta tiene sus raíces en el episodio del don del maná narrado en el libro del Éxodo, ofrecido por Dios en la medida de la necesidad y no del exceso. En esta perspectiva, la exhortación paulina dirigida a los corintios promueve el valor de la solidaridad y realiza el primado del bien común que busca compensar los desequilibrios económicos y frenar la cultura del desperdicio, de modo que se favorezca una ética de la proximidad que alivie los sufrimientos, sane las heridas, recupere la dignidad perdida, se transforme en lugar santo donde encontrar la presencia de Dios. Es la permanencia del sentido teológico en cada gesto de solidaridad que resuelve el problema de la caridad *part time*.

En la última *Jornada Mundial de los Pobres*, Papa Francisco ha subrayado que «los pobres no son personas “externas” a la comunidad, sino hermanos y hermanas con los cuales compartir el sufrimiento para aliviar su malestar y marginación, para devolverles la dignidad perdida y asegurarles la necesaria inclusión social. Por otra parte, se sabe que una obra de beneficencia presupone un benefactor y un beneficiado, mientras que el compartir genera fraternidad. La limosna es ocasional, mientras que el compartir es duradero. La primera corre el riesgo de gratificar a quien la realiza y humillar a quien la recibe; el segundo refuerza la solidaridad y sienta las bases necesarias para alcanzar la justicia».

Esta urgencia cualitativa incluye los gestos de solidaridad que nuestras realidades eclesiales están llamadas a llevar a cabo. La praxis eclesial que anima el actuar de la Caritas debe ser orientada por el modelo paulino de la *imitatio Christi*. Solo mirando al ejemplo cristológico se hace posible descubrir en los gestos de solidaridad fraterna los signos de la presencia de Cristo que se humilla, llegando a los niveles de la extrema miseria hasta enriquecer con su pobreza a los indigentes y a los necesitados de todo tiempo y de todo lugar. En esta línea se ubica la obra generosa de tantos fieles que en respuesta a la invitación evangélica de la caridad silenciosa y discreta (cfr. Mt 6, 3) ofrecen con devoción un aporte económico a quien está desprovisto del necesario para solventar los gastos de primera necesidad. Es así como se van difundiendo las compras compartidas en las grandes tiendas, pero también en los pequeños almacenes. Esto es útil por diversos motivos: afecta a todos, creyentes o no creyentes; exige la participación de un número limitado de trabajadores; alcanza con extrema rapidez los objetivos de la educación a la solidaridad.

En los últimos años se ha ido registrado una petición cada vez más urgente de la presencia de los comedores de Caritas y de casas de acogida que apoyen a las instituciones locales en la lucha contra las consecuencias del hambre, de la miseria y de las plagas sociales a ellas asociadas. En estas es siempre indispensable preservar el derecho a la dignidad de la persona, apoyando tal principio con la acción desinteresada de tantos laicos, acompañados por sacerdotes, religiosos y religiosas, que se entregan con altruismo en un claro testimonio de solidaridad evangélica.

La sensibilización hacia las donaciones destinadas a los necesitados cercanos y lejanos hace tiempo aparece como algo normal en las líneas guía de una pastoral eclesial. Es necesario volver a

descubrir en ellas una verdadera escuela que eduque y motive a ver en el amor y en el don sincero la identidad del cristiano creyente y creíble.

Haciendo una rápida revisión de las principales acciones de caridad cristiana, es posible destacar la actualidad de la exhortación que Pablo dirige a los fieles de Corinto. Reformulando los contenidos y actualizándola a nuestro contexto histórico y social, el valor de la colecta se mantiene perenne y perentorio. La Iglesia debe continuar su misión en la fidelidad al anuncio del Evangelio a los pobres, sensibilizando a los creyentes a redescubrir en la solidaridad el corazón del mensaje de Cristo. Es preciso conformar toda acción pastoral a su ejemplo, para que «aquel que provee de simiente al sembrador y de pan para su alimento, proveerá y multiplicará vuestra sementera y aumentará los frutos de vuestra justicia» (cfr. 2 Cor 9, 10). Es necesario, en definitiva, poner más atención a la promesa de la inestimable riqueza que recibimos del Señor que en la voluntad de nuestro mísero dar.

Salmo 113 (112)

¡Aleluya!

¡Alabad, servidores de Yahveh,
alabad el nombre de Yahveh!

¡Bendito sea el nombre de Yahveh,
desde ahora y por siempre!

¡De la salida del sol hasta su ocaso,
sea loado el nombre de Yahveh!

¡Excelso sobre todas las naciones Yahveh,
por encima de los cielos su gloria!

¿Quién como Yahveh, nuestro Dios,
que se sienta en las alturas,

y se abaja
para ver los cielos y la tierra?

Él levanta del polvo al desvalido,
del estiércol hace subir al pobre,

para sentarle con los príncipes,
con los príncipes de su pueblo.

Él asienta a la estéril en su casa,
madre de hijos jubilosa."

Comentario teológico-pastoral

La gracia del pobre

Entre los objetivos que en el año 2015 la ONU se propuso para el 2030, pensando en un desarrollo sostenible, en el primer punto aparece la superación de la pobreza. Considerando que en el 2021 aún más de 800 millones de personas vivían en condiciones de indigencia extrema (menos de 1,25 dólares al día), es fácil pensar que no será tan simple alcanzar tal objetivo, mucho más si se tienen en cuenta los factores que la guerra contra Ucrania ha inevitablemente empeorado, como la crisis en el suministro del grano y el alza del precio de los fertilizantes. Como en todo enfrentamiento, se evidencia el carácter conflictual y la violencia sistémica del actual sistema global, que va más allá de las divisiones geopolíticas generalmente utilizadas para describir el mundo humano.

Es un hecho que preferimos ignorar la pobreza. Generalmente, las reacciones pueden ser de dos tipos: o callar o darle la espalda. El Papa lo ha dicho muchas veces: puede ser que alguna vez, encontrando a un pobre, nos recordemos de darle algo, pero difícilmente lo miramos a los ojos o le dirigimos la palabra. En los países ricos se crean espacios residenciales donde la pobreza simplemente no tiene derecho para entrar y, si alguna vez la televisión muestra estas situaciones, inmediatamente se cambia de canal. Se busca de cualquier modo fingir que no nos damos cuenta de tal realidad, como si no dependiera de nosotros. El pobre es, en realidad, la piedra de escándalo que al menos permite tomar conciencia de que hay algo que no está bien y que debemos trabajar para cambiar las cosas, para escuchar a la «humanidad que invoca la paz». Si esto coincide con el deseo de todo hombre y de toda mujer de buena voluntad, la cuestión teológica será qué motivación cristiana permite hacerlo y, más aún, qué don de gracia es necesario para esta tarea, qué camino de salvación se abre.

Parece una paradoja, pero el pobre es en realidad un signo evangélico. Lo es, ante todo, a través de la mirada de Jesús. Él, de hecho, sabe abrir los ojos sobre el mundo en su alteridad y observa lo que los demás no se atreven a notar: se da cuenta de la pobreza de la viuda en medio del ruido del templo (cfr. Mc 12, 41-44), compara a Dios con una mujer contenta por haber encontrado una moneda (cfr. Lc 15, 8-10), destaca la actitud del samaritano que ve a un herido y se le hace cercano (cfr. Lc 10, 30-35), se deja molestar por una extranjera a la que le correspondían solo unas migajas (cfr. Mc 7, 24-30), valora el poco pan y los pocos peces que los discípulos tienen para que se conviertan en lo mucho que la compasión logra repartir (cfr. Mt 14, 13-21). Y pone al centro de la propia misión y del propio mensaje justamente a los pobres: «A los que estaban cargados de dolor, agobiados de pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: «¡Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!» (Lc 6,20); con ellos se identificó: «Tuve hambre y me disteis de comer», y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo (cf. Mt 25,35s)» (EG 197). Esta particular atención, en realidad, corresponde a un dinamismo presente en la historia de la salvación: «Todo el

camino de nuestra redención está signado por los pobres» (EG 197). En este sentido, la mirada de quien es discípulo de Jesús es una mirada llena de evangelización, porque exige mirar el mundo con otros ojos, tocados y sanados por la gracia cristiana. Se trata de imitar la mirada que el Nazareno tiene del mundo y, al mismo tiempo, de hacerlo presente. M. Delbrêl lo recordaba tomando como símbolo la palangana de la última cena:

Si tuviera que elegir una reliquia de tu Pasión,
tomaría precisamente aquella jofaina llena de agua sucia.
Dar la vuelta al mundo con aquel recipiente
y, ante cada pie, ceñirme la toalla
e inclinarme profundamente,
no alzando nunca la cabeza por encima de la rodilla
para no distinguir a los enemigos de los amigos.
Y lavar los pies del vagabundo, del ateo, del drogadicto,
del encarcelado, del homicida, de quien ya no me saluda,
del compañero por el que no rezo nunca.
En silencio...
Hasta que todos comprendan

Lo podemos notar en la pobreza de Jesús, quien «siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza» (2Cor 8,9) ¿Qué entiende san Pablo con esto?, ¿en qué sentido Jesús se hizo pobre y cómo nos vuelve ricos? Podemos leer su afirmación en, al menos, tres niveles. El primero es teológico: la afirmación de Pablo nos dice algo sobre la vida misma de Dios y de su voluntad de salvación para el mundo. Su amor es tan grande y omnipotente que llega hasta las últimas consecuencias. En este movimiento se revela la caridad de Dios: el Hijo de Dios se despojó de su gloria divina para habitar entre los hombres y manifestar los secretos de Dios (cfr. Ef 2, 6-11; DV 4). Es revelación de la condescendencia de Dios que abre el camino de la reconciliación: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Gv 3,16). La pobreza de Jesús, en este sentido, hace experimentar desde ya la riqueza de la gracia de Dios.

La segunda lectura del texto paulino es de tipo escatológico: la pobreza de Jesús es un signo que nos ayuda a entender el futuro hacia el cual tiende nuestra historia. Aunque probablemente no lograremos nunca definir claramente la clase social de Jesús y de su familia, él vive sin tener «dónde reclinar la cabeza» (Mt 8,20), en una precariedad que es exigida también a la existencia de los misioneros cristianos: "Id; mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni

alforja, ni sandalias. Y no saludéis a nadie en el camino. En la casa en que entréis, decid primero: "Paz a esta casa." [...] permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayáis de casa en casa» (cfr. Lc 10,3-7). Esta elección no es una actitud puramente ascética de dominio de sí, como a veces puede ser interpretada. Lo recuerda la frase de san Pablo: el hacerse pobre de Jesús se convierte en signo de lo que le falta a la historia para ser historia de la riqueza de Dios, porque tiende hacia lo que es o debería ser esencial, es decir, a su paz. Exige la capacidad de abandono en las manos de la Providencia. Forma parte de la pedagogía divina el tomar de la mano a la humanidad y mostrarle el camino que aún debe recorrer para llegar a la plenitud de la salvación. La radicalidad de las elecciones de Jesús y de cuántos lo quieren imitar pone en segundo plano lo que es superfluo para dar un fundamento estable a la existencia humana en el camino del Evangelio.

Hay, sin embargo, una tercera lectura que, a nivel evangélico, puede ayudar a reflexionar sobre el tema que se nos propone. Cuando Jesús habla del reino de Dios, de su señoría sobre la historia y sobre el mundo, no la describe como un poder que se impone con la violencia. Esta es la modalidad humana de pensar: usando armas o simplemente alzando la voz, a los más débiles y pobres o a los más humildes los obligamos a adherir a nuestras ideas y a nuestro querer. Cristo, en cambio, se hace pobre y su reino «sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mt 11,12). Es justamente su muerte en la cruz la mayor evidencia de esta dinámica: «*Regnavit a ligno Deus*» (cfr. Fil 2,6-8). Por otro lado, la importancia de la identificación que existe entre el pobre y el reino de Dios se vuelve aún más clara si pensamos en la conversión que esto implica: pobre, Dios se ofrece no como aquel a quien debemos convencer para concedernos favores, sino como una llamada a nuestra más íntima humanidad, la que se ve en el rostro de quien nos pide ayuda y en la que, sin adornos, debe resplandecer la imagen y la semejanza del Creador.

Siguiendo los pasos de la Biblia podemos decir, en síntesis, que estamos ante dos caminos (cfr. Sal 1; Dt 11, 26-28; Mt 7, 13-14): la modalidad con la que nos acercamos a este tema y, más aún a cuántos los afecta, puede ayudarnos a hacer un examen de conciencia sobre el estilo de nuestra presencia cristiana y de nuestra acción eclesial. De hecho, hay una pobreza que cultivamos de modo paternalista, según una cultura del descarte (EG 53) que se reproduce continuamente a sí misma y crea grandes necesidades que no se pueden solucionar. Por otro lado, hay una cultura de la solidaridad, en la que las riquezas que la casa común nos ofrece son compartidas para saciar el hambre y la sed de todos, hijos de un mismo Padre. Somos invitados a quitar el acento moralista que frecuentemente damos a la solidaridad y recuperar su potencial de renovación espiritual y social, su carácter propiamente evangélico y liberador: «En las condiciones actuales de la sociedad mundial, donde hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos, el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible

consecuencia, en un llamado a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres. Esta opción implica sacar las consecuencias del destino común de los bienes de la tierra, pero [...] exige contemplar ante todo la inmensa dignidad del pobre a la luz de las más hondas convicciones creyentes (LS 158).

Vigilia de oración

«Jesucristo se hizo pobre por vosotros» (cfr. 2 Cor 8,9)

Introducción

El Hijo de Dios se hace hombre por amor, se despoja de sí mismo y asume la condición humana -se hace pobre para enriquecer nuestra existencia y elevarla a la gloria del cielo. A través de la pobreza, Dios revela su amor por el hombre y a través de esta pobreza el hombre, con la gracia de Dios, llega a ser feliz para siempre.

Esta vigilia pretende ser un momento de oración, durante el cual la comunidad ofrece a Dios todas las actividades que lleva a cabo en favor de las personas necesitadas a lo largo del año. Por tanto, no debe ser considerado un momento puntual, es decir, como una celebración que se hace una vez al año porque así nos lo piden. Para evitar esto, sería oportuno dirigir la invitación a la vigilia a todas las personas de buena voluntad y a todas las comunidades que, en una parroquia o en una sociedad, se dedican, de modos diversos, a ayudar a los pobres en cuerpo y en espíritu.

Este momento de oración pretende señalar que el inicio de nuestras obras en favor de los pobres, como también el fin de todos nuestros esfuerzos por ellos, se encuentra en Dios, quien inspira nuestro corazón para dedicarnos al prójimo.

Jesucristo, que se hizo pobre por nosotros, nos recuerda que en el necesitado se encuentra Él mismo. Para nosotros, los creyentes, ir al encuentro de una persona necesitada significa ir al encuentro de Jesús mismo. Así, el planteamiento cristiano se distingue de cualquier otro tipo de ayuda social y humanitaria, que ve en el pobre, principalmente, un desafortunado y una víctima.

En la primera estación el pasaje-guía de la segunda carta a los Corintios (8,7-15) invita a la comunidad de Corinto y a nosotros a practicar con generosidad las obras de caridad en favor de los necesitados. Como razón de esta generosidad el apóstol Pablo señala a Jesucristo, que se hizo pobre para que nosotros nos enriqueciéramos gracias a su pobreza. Este pasaje bíblico se convierte para nosotros en un doble desafío: ¿somos capaces de reconocer el gran amor de Dios que se hizo pobre por nosotros? ¿Sabemos seguirlo por el camino de la pobreza y ayudar con amor a los demás?

La segunda estación gira en torno al pasaje del evangelio de Mateo (6,19-34) y compara el omnipresente consumismo con nuestro estilo de vida, en el que debería dominar la confianza en el Señor y en su Providencia. Es necesario preguntarse siempre qué consideramos como bien más preciado de nuestra vida, porque donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (cfr. 6,21).

Se recuerda que los textos de este subsidio son solo propuestas. El organizador de la vigilia podrá adaptarlas a las necesidades particulares de una comunidad concreta (parroquia, capilla de hospital, monasterio, etc.). Además, se pueden escoger cantos para cada estación; mientras que para profundizar en los temas que aparecen en los textos bíblicos elegidos, se puede preparar otra meditación, o elegir algunos testimonios, dependiendo de las necesidades o posibilidades de la comunidad orante. Antes de la bendición final, se podría hacer otra oración de intercesión, dicha por el mismo sacerdote o por los fieles, y dedicada a las distintas situaciones en las que viven los pobres.

La elección de los pasajes bíblicos también puede ser modificada, a discreción de quien organiza el evento. A modo de ejemplo: Eclesiástico 7,27-30.32-36 (tiende la mano al pobre); se puede pensar también en preparar una estación, inspirándose en la vida de un santo o de una persona que se distinga en el mundo católico por su servicio a los pobres y por su testimonio de vida.

La vigilia se puede hacer con el Santísimo Sacramento expuesto.

Si se ha decidido organizar la Vigilia con el Santísimo Sacramento expuesto, el sacerdote procede como de costumbre. Sigue un canto o unas palabras de introducción, que pueden ser las siguientes:

Esta es ya la sexta vez que celebramos en la Iglesia Universal la Jornada Mundial de los Pobres. Es un momento de recapitulación, de agradecimiento y de reflexión, para retomar con nuevas fuerzas nuestros compromisos asumidos en los meses pasados en favor de los pobres.

La imagen de Jesucristo que se hace pobre, para enriquecer nuestras vidas con su pobreza, se convierte para nosotros en un interrogante que nos interpela acerca de la presencia de Dios en cada hombre que encontramos en nuestro camino, especialmente en los más pequeños, en los más débiles y en los más desafortunados. Desde esta perspectiva no solo somos nosotros los que damos una ayuda a los pobres, sino que en ese encuentro tocamos a Dios mismo que enriquece nuestra existencia con su pobreza.

Con estos pensamientos nos dejamos guiar esta tarde por las palabras escritas por el apóstol Pablo en su segunda carta a los Corintios: «Jesucristo se hizo pobre por vosotros».

Se entona un canto

1. Primera estación – Jesucristo se hizo pobre por vosotros.

2 Cor 8,7-15

De la segunda Carta del Apóstol san Pablo a los Corintios

Y lo mismo que sobresalís en todo —en fe, en la palabra, en conocimiento, en empeño y en el amor que os hemos comunicado—, sobresalid también en esta obra de caridad. No os lo digo como un mandato, sino que deseo comprobar, mediante el interés por los demás, la sinceridad de vuestro amor. Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza. En este asunto os doy un consejo: ya que vosotros comenzasteis no solo a hacer la colecta, sino también a tomar la iniciativa, os conviene que ahora la concluyáis; de este modo, a la prontitud en el deseo corresponderá la realización según vuestras posibilidades. Porque, si hay buena voluntad, se le agradece lo que uno tiene, no lo que no tiene. Pues no se trata de aliviar a otros, pasando vosotros estrecheces; se trata de igualar. En este momento, vuestra abundancia remedia su carencia, para que la abundancia de ellos remedie vuestra carencia; así habrá igualdad. Como está escrito: Al que recogía mucho no le sobraba; y al que recogía poco no le faltaba.

Sería oportuno que alguno de los presentes pudiera dar testimonio de su propio servicio por los pobres, subrayando el aspecto espiritual. Si no fuese posible encontrar un testimonio de este tipo entre los participantes, se podrían usar testimonios ya presentes en distintos libros o en Internet. Como alternativa, se pueden usar los siguientes pasajes para la reflexión comunitaria.

Si no puedes creer que la pobreza te hace rico, piensa en tu Señor y deja de dudar de esto. Si Él no se hubiese hecho pobre, tú no serías rico; esto es extraordinario, que de la pobreza salieron abundantes riquezas. Pablo entiende aquí por “riquezas” el conocimiento de la piedad, la purificación de los pecados, la justicia, la santificación y mil cosas buenas más que nos han sido dadas ahora y siempre. Todo esto lo tenemos gracias a la pobreza.

(San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre la segunda Carta a los Corintios*)

...es también un robo no dar de lo que poseemos. Quizá os parezca asombroso lo que afirmo, pero no os sorprendáis: de hecho, a partir de las divinas Escrituras, os ofreceré un testimonio que dice que el hurto, el fraude y el robo no consisten solo en robar los bienes a otros, sino también en no dar a los demás una parte de los propios bienes. ¿De qué pasaje estoy hablando? Reprendiendo a los judíos por medio del profeta, Dios dice: «La tierra ha dado sus frutos y no habéis ofrecido los diezmos: lo que se quita a los pobres está en vuestras casas» (cfr. Gn 1,2; Mal 3,10; Is 3,14). Como si dijera: «Porque no habéis hecho las ofrendas acostumbradas, habéis robado al pobre». Dice esto para mostrar a los ricos que los bienes que poseen pertenecen a los pobres, sea por haberlos recibido por herencia paterna o por haberlos acumulado de otra manera. Y en otro pasaje dice «no despojes al pobre de su vida» (Eclo 4,1). Quien despoja, despoja los bienes de los demás: de hecho, se habla de “despojo”, cuando nos despojamos de los bienes de otro. Y de esto, por tanto, aprendemos que, si no damos limosna, seremos castigados como ladrones. De hecho, los bienes son del Señor, por más que los hayamos acumulado: y si se los damos a los necesitados, los obtendremos en gran cantidad. Por esto Dios te ha permitido poseer más que los demás: no para derrocharlo en la lujuria, en la embriaguez, en orgías, en vestidos lujosos y en otras frivolidades, sino para compartirlo con los necesitados. En efecto, igual que un recaudador de impuestos, si gasta a su antojo el dinero que le ha sido confiado y se olvida de distribuirlo a quien le ha sido ordenado, paga las consecuencias y va a la muerte, así también el rico es una especie de recaudador que recibe riquezas para compartirlas con los pobres y que tiene el deber de distribuir las a sus consiervos en la necesidad. Por tanto, si gasta en sí mismo más de lo necesario, en el más allá se enfrentará a la pena más grave. Porque los bienes que posee no le pertenecen a él, sino a sus compañeros.

(San Juan Crisóstomo, *Discursos sobre el pobre Lázaro*)

Después de un momento de silencio para la reflexión personal se podría entonar un canto.

A continuación, se puede recitar la siguiente oración:

María, Madre de la esperanza, ¡camina con nosotros!

Enséñanos a proclamar al Dios vivo;

ayúdanos a dar testimonio de Jesús, el único Salvador;

haznos serviciales con el prójimo, acogedores de los necesitados,

trabajadores de la justicia, constructores apasionados de un mundo más justo;

intercede por nosotros que trabajamos en la historia

seguros de que el designio del Padre se cumplirá.

¡Aurora de un mundo nuevo,

muéstrate como Madre de la Esperanza y vela por nosotros!

Vela por la Iglesia en Europa: que sea transparente al Evangelio;

que sea un auténtico lugar de comunión;

que viva su misión de anunciar, celebrar y servir

el Evangelio de la esperanza para la paz y la alegría de todos.

¡Reina de la paz, protege la humanidad del tercer milenio!

Vela por todos los cristianos: que sigan con confianza el camino de la unidad,

como fermento para la concordia del continente.

Vela por los jóvenes, esperanza del futuro,

que respondan generosamente a la llamada de Jesús.

Vela por los líderes de las naciones:

que se comprometan a construir una casa común,

en la que se respeten la dignidad y los derechos de cada uno.

¡María, danos a Jesús! ¡Haz que lo sigamos y lo amemos!

Él es la esperanza de la Iglesia, de Europa y de la humanidad.
Él vive con nosotros, entre nosotros, en su Iglesia.

Contigo decimos «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20):
¡que la esperanza de la gloria infundida por Él en nuestros corazones
dé frutos de justicia y de paz!

(San Juan Pablo II)

2. Segunda estación – Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón

Mt 6,19-34

Del evangelio según san Mateo

En aquel tiempo, Jesús dijo: «No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen y donde los ladrones abren boquetes y los roban. Haced tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban. Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón.

La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, tu cuerpo entero tendrá luz; pero si tu ojo está enfermo, tu cuerpo entero estará a oscuras. Si, pues, la luz que hay en ti está oscura, ¡cuánta será la oscuridad!

Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero.

Por eso os digo: no estéis agobiados por vuestra vida pensando qué vais a comer, ni por vuestro cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad los pájaros del cielo: no siembran ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? ¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se arroja al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su desgracia».

Una vez terminada la lectura bíblica, se puede dar paso a otro testimonio. Esta vez se podría buscar entre las personas que han encontrado a Dios en sus dificultades. Si no fuese posible encontrar un testimonio de este tipo entre los participantes, se podrían usar testimonios ya presentes en distintos libros o en Internet.

Como alternativa, se pueden usar los siguientes textos para la reflexión comunitaria.

¿Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No permitas que sea objeto de desprecio en sus miembros, es decir, en los pobres, privados de paños para cubrirse. No lo honres aquí en la iglesia con telas de seda, mientras fuera lo descuidas cuando sufre por el frío y la desnudez. «El que dijo: Esto es mi cuerpo», confirmando el hecho con la palabra, dijo también: me visteis con hambre y no me disteis de comer (cfr. Mt 25,42), y: cuando no hicisteis esto a uno de los más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis (cfr. Mt 25,45). El cuerpo de Cristo que está sobre el altar no tiene necesidad de túnicas, sino de almas puras; mientras que el que está fuera necesita muchos cuidados.

Por tanto, aprendamos a pensar y a honrar a Cristo como él quiere. De hecho, el honor más agradable que podemos rendir a quien queremos adorar es el que Él mismo quiere, no el que nosotros ideamos. También Pedro creía que le honraba impidiéndole lavarle los pies. Esto no era honor, sino verdadera falta de amabilidad. Así también tú ríndele el honor que él te ha mandado, haz que los pobres se beneficien de tus riquezas. Dios no tiene necesidad de vasos de oro, sino de almas de oro.

Con esto no pretendo, ciertamente, prohibiros que hagáis donaciones a la iglesia. No. Pero os suplico que deis limosna, con estas donaciones y antes de ellas. Dios, de hecho, acepta los dones para su casa terrena, pero se complace mucho más con la ayuda que se da a los pobres.

(San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el evangelio de Mateo*)

Por lo tanto, no se trata de tener un comportamiento asistencialista hacia los pobres, como suele suceder; es necesario, en cambio, hacer un esfuerzo para que a nadie le falte lo necesario. No es el activismo lo que salva, sino la atención sincera y generosa que permite acercarse a un pobre como a un hermano que tiende la mano para que yo me despierte del letargo en el que he caído. Por eso, «nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Ésta es una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales. [...] Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 201). Es urgente encontrar nuevos caminos que puedan ir más allá del marco de aquellas políticas sociales «concebidas como una política *hacia* los pobres pero nunca *con* los pobres, nunca *de* los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 169).

(Francisco, *Mensaje VI Jornada Mundial de los Pobres*)

Después de un momento de silencio para la reflexión personal se podría entonar un canto.

A continuación, se puede recitar la siguiente oración:

Bienaventurados nosotros si, pobres de espíritu,
sabemos librarnos
de la confianza en los bienes económicos
y poner nuestros deseos primeros
en los bienes espirituales y religiosos,
y si respetamos y amamos a los pobres
como hermanos e imágenes vivientes de Cristo.

Bienaventurados nosotros si, educados en la mansedumbre de los fuertes,
sabemos renunciar al triste poder
del odio y de la venganza
y conocemos la sabiduría de preferir
al temor de las armas
la generosidad del perdón,
la alianza de la libertad y del trabajo,
la conquista de la verdad y de la paz.

(San Pablo VI)

Quien preside la vigilia la resume con sus propias palabras, subrayando, por un lado, el tema utilizado y, por otro, el trabajo que los presentes desempeñan en favor de los pobres.

Se puede introducir aquí una oración comunitaria de intercesión, pronunciada por el propio sacerdote o por los fieles, y dedicada a las distintas situaciones en las que viven los pobres.

Al final de la vigilia todos los presentes renovarán su disposición de servir a los necesitados según la voluntad de Dios.

El celebrante comienza con estas u otras palabras:

Queridos hermanos y hermanas, renovemos ahora nuestra disposición de dedicar nuestras vidas al servicio de los necesitados también en el próximo año. Digamos juntos:

Todos, de pie, rezan la siguiente oración:

Señor, el Amor es paciente,
dame la paciencia que sabe afrontar un día tras otro.
Señor, el Amor es benigno,
ayúdame a querer siempre su bien antes que el mío.
Señor, el Amor no es envidioso,
enséñame a alegrarme de cada éxito.
Señor, el Amor no presume,
recuérdame no echarle en cara lo que hago por él.
Señor, el Amor no se engríe,
concédeme el valor de decir: «Me he equivocado».
Señor, el Amor no falta al respeto,
haz que pueda ver en su rostro tu rostro.
Señor, el Amor no busca el interés,
sopla en nuestra vida el viento de la gratuidad.
Señor, el Amor no se enfada,
aleja los gestos y palabras que hieren.
Señor, el Amor no lleva cuenta del mal recibido,
reconcílianos en el perdón que olvida los agravios.
Señor, el Amor no se alegra de la injusticia,
abre nuestro corazón a las necesidades de los que nos rodean.
Señor, el Amor se complace en la verdad,
guía nuestros pasos hacia ti que eres el Camino, la Verdad y la Vida.
Señor, el Amor todo lo excusa, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo soporta.
Ayúdanos a cubrir de Amor los días que viviremos juntos.
Ayúdanos a creer que el Amor mueve montañas.
Ayúdanos a esperar en el Amor más allá de toda esperanza.

Si la vigilia se ha tenido con la Exposición del Santísimo, el sacerdote la termina de la manera acostumbrada, si no, bendice a todos los presentes. Al final puede añadir:

Id en paz para amar y servir al Señor.

Todos responden:

Demos gracias a Dios.

El Rosario de los pobres

Jesucristo se hizo pobre por vosotros

¿Cómo se reza el Rosario?

P. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

T. Amén.

P. Dios mío, ven en mi auxilio.

T. Señor, date prisa en socorrerme.

P. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

T. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Por cada decena se anuncia el “Misterio”, por ejemplo, en el primer misterio se contempla: “El anuncio del ángel a María”.

Después de una breve pausa para la reflexión, se rezan: un Padre Nuestro, diez Ave Marías y un Gloria.

A cada decena del Rosario se puede añadir una invocación y una oración; en esta propuesta están tomadas de la Novena a Nuestra Señora de los Pobres de Banneux.

Al final del Rosario se rezan las Letanías u otras oraciones marianas.

Introducción

Del Mensaje para la VI Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco (n.7)

Frente a los pobres no se hace retórica, sino que se ponen manos a la obra y se practica la fe involucrándose directamente, sin delegar en nadie. A veces, en cambio, puede prevalecer una forma de relajación, lo que conduce a comportamientos incoherentes, como la indiferencia hacia los pobres.

C. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

T. Amén.

P. Dios mío, ven en mi auxilio.

T. Señor, date prisa en socorrerme.

P. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

T. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Primer misterio

Tú, Señor, eres mi único bien

«Porque dices: «Yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada»; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo» (Ap 3,17).

Escuchamos la Palabra de Dios del libro de los Proverbios (30,7-9)

Dos cosas te he pedido, no me las niegues antes de morir:

aleja de mí falsedad y mentira;
no me des riqueza ni pobreza,
concédeme mi ración de pan;
no sea que me sacie y reniegue de ti,
diciendo: «Quién es el Señor?»;
no sea que robe por necesidad
y ofenda el nombre de mi Dios.

Del Mensaje para la VI Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco (n.7)

Sabemos que el problema no es el dinero en sí, porque este forma parte de la vida cotidiana y de las relaciones sociales de las personas. Más bien, lo que debemos reflexionar es sobre el valor que tiene el dinero para nosotros: no puede convertirse en un absoluto, como si fuera el fin principal. Tal apego impide observar con realismo la vida de cada día y nubla la mirada, impidiendo ver las necesidades de los demás. Nada más dañino le puede acontecer a un cristiano y a una comunidad que ser deslumbrados por el ídolo de la riqueza, que termina encadenando a una visión de la vida efímera y fracasada.

Padre Nuestro, 10 Ave Marías, Gloria...

María, Madre de los Pobres.

Ruega por nosotros.

P. Oremos. Virgen de los Pobres, acompáñanos hacia Jesús, única fuente de gracia y enséñanos la docilidad al Espíritu Santo, para que haga brotar ese fuego de amor que vino a traer para la llegada de su Reino.

Por Cristo nuestro Señor.

T. Amén.

O bien: Virgen María, luz del que camina en la oscuridad, sostén los pasos de aquellos que son explotados y mortificados en su dignidad, para que puedan vivir con la certeza de que Dios no es indiferente a la suerte de sus hijos.

Por Cristo nuestro Señor.

T. Amén.

Segundo misterio

Te busco, Señor, mi esperanza

«Buscad al Señor los humildes de la tierra, los que practican su derecho, buscad la justicia, buscad la humildad, quizá podáis resguardaros el día de la ira del Señor» (Sof 2,3).

Escuchamos la Palabra de Dios del libro del Eclesiástico (4,1-4.8)

Hijo, no prives al pobre del sustento, ni seas insensible a los ojos suplicantes. No hagas sufrir al hambriento, ni exasperes al que vive en su miseria. No perturbes un corazón exasperado, ni retrases la ayuda al indigente. No rechaces la súplica del atribulado, ni vuelvas la espalda al pobre. Inclina tu oído hacia el pobre, y respóndele con suaves palabras de paz.

Del Mensaje para la VI Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco (n.9)

Si queremos que la vida venza a la muerte y la dignidad sea rescatada de la injusticia, el camino es el suyo: es seguir la pobreza de Jesucristo, compartiendo la vida por amor, partiendo el pan de la propia existencia con los hermanos y hermanas, empezando por los más pequeños, los que carecen de lo necesario, para que se cree la igualdad, se libere a los pobres de la miseria y a los ricos de la vanidad, ambos sin esperanza.

Padre Nuestro, 10 Ave Marías, Gloria...

María, Madre de los Pobres.

Ruega por nosotros.

P. Oremos. Virgen de los pobres, que has dicho: «Creed en mí, y creeré en vosotros», te agradecemos que hayas depositado tu confianza en nosotros. Haznos capaces de elegir conforme al evangelio, ayúdanos a gestionar nuestra libertad en el servicio recíproco y en el amor de Cristo para la gloria del Padre.

T. Amén.

O bien: Virgen María, apoyo de cuantos esperan en ti, guarda en tu corazón a todos los que se ven obligados a abandonar su propia tierra, para que encuentren acogida en la solidaridad de los hermanos. Por Cristo nuestro Señor.

T. Amén.

Tercer misterio

Levántame, Señor, no me abandones

«Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo» (Sal 113,7-8).

Escuchamos la Palabra de Dios del libro del profeta Isaías (14,30.32)

Los más pobres serán alimentados, y los indigentes reposarán seguros. Que el Señor ha fundado Sion y en ella se refugian los desvalidos de su pueblo.

Del Mensaje para la VI Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco (n.8)

Deseosos de encontrar lo que pueda satisfacerlos, tienen necesidad de orientarse hacia los pequeños, los débiles, los pobres para comprender finalmente aquello de lo que verdaderamente tenían necesidad. El encuentro con los pobres permite poner fin a tantas angustias y miedos inconsistentes, para llegar a lo que realmente importa en la vida y que nadie nos puede robar: el amor verdadero y gratuito.

Padre Nuestro, 10 Ave Marías, Gloria...

María, Madre de los Pobres.

Ruega por nosotros.

P. Oremos. Virgen de los pobres, salva las naciones: obtén para nosotros la guía de gobernantes sabios y la gracia de que todos los pueblos, reconciliados entre sí y de acuerdo, formen un único rebaño bajo un solo pastor.

Por Cristo nuestro Señor.

T. Amén.

O bien: Virgen María, consoladora de los enfermos y desanimados, cuida de todos los que hoy viven en la precariedad y en la marginación, para que, confiando siempre en la fidelidad del Señor, puedan volver a abrir el corazón a la esperanza.

Por Cristo nuestro Señor.

T. Amén.

Cuarto misterio

Hazme, Señor, testimonio de la alegría del Evangelio

«El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad» (Is 61,1).

Escuchamos la Palabra de Dios del evangelio según san Lucas (6,20-23)

Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados vosotros cuando os odian los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Del Mensaje para la VI Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco (n.8)

La experiencia de debilidad y limitación que hemos vivido en los últimos años, y ahora la tragedia de una guerra con repercusiones globales, nos debe enseñar algo decisivo: no estamos en el mundo para sobrevivir, sino para que a todos se les permita tener una vida digna y feliz. El mensaje de Jesús nos muestra el camino y nos hace descubrir que hay una pobreza que humilla y mata, y hay otra pobreza, la suya, que nos libera y nos hace felices.

Padre Nuestro, 10 Ave Marías, Gloria...

María, Madre de los Pobres.

Ruega por nosotros.

P. Oremos. Virgen de los pobres, conforta a los enfermos con tu presencia; enséñanos a llevar con Jesús nuestra cruz de cada día y haz que nos comprometamos lealmente en el servicio de los pobres y de los que sufren.

T. Amén.

O bien: Virgen María, corazón abierto y dispuesto a acoger a los hambrientos y a cuantos tienen hambre y sed de justicia, te presentamos a nuestros hermanos explotados y humillados: haz que estemos atentos a sus necesidades y dispuestos para caminar con ellos.

Por Cristo nuestro Señor.

T. Amén.

Quinto Misterio

Señor, dame el vivir la comunión contigo y con los hermanos

«El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y se los miraba a todos con mucho agrado. Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba» (Hch 4,32-35).

Escuchamos la Palabra de Dios del evangelio según san Mateo (25,34-36)

Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme”.

Del Mensaje para la VI Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco (n.9)

Si Él se hizo pobre por nosotros, entonces nuestra misma vida se ilumina y se transforma, y adquiere un valor que el mundo no conoce ni puede dar. La riqueza de Jesús es su amor, que no se cierra a nadie y va al encuentro de todos, especialmente de los que son marginados y privados de lo necesario.

P. Oremos. Virgen de los pobres, creemos en ti y, confiando en tu maternal intercesión, nos abandonamos a tu protección. Te confiamos el camino que la Iglesia está recorriendo en este tercer milenio, el crecimiento moral y espiritual de los jóvenes, las vocaciones religiosas, sacerdotales, misioneras y la obra de la nueva evangelización.

T. Amén.

O bien: Virgen María, seno acogedor del que vive en la soledad y en el abandono, no permitas que ninguno de tus hijos sufra por la falta de calor y de amistad, sino que encuentren hermanos dispuestos a acogerlos y a ofrecerles una palabra amiga.

Por Cristo nuestro Señor.

T. Amén.

Salve Regina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra: Dios te salve.
A ti llamamos los desterrados hijos de Eva;
a ti suspiramos, gimiendo
y llorando en este valle de lágrimas.
Ea, pues, Señora abogada nuestra,
vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos
y, después de este destierro, muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima! ¡oh piadosa!
¡oh dulce siempre Virgen María!

Letanías del evangelio (Mt 5,1-12)

María, Madre de los pobres en el espíritu,
María, Madre de los afligidos,
María, Madre de los mansos,
María, Madre de los que tienen hambre y sed de justicia,
María, Madre de los misericordiosos,
María, Madre de los limpios de corazón,
María, Madre de los que trabajan por la paz,
María, Madre de los perseguidos,

Ruega por nosotros.
Ruega por nosotros.

Oremos

Señor Jesús, nuestro hermano, te pedimos por los pobres,

por los enfermos, por los ancianos, por los excluidos.

Por los que tienen hambre y no tienen pan, pero también por los que tienen pan y no tienen hambre.

Por quien se ve superado por todos,

por los explotados, los alcohólicos, las prostitutas.

Por quien está solo, por quien está cansado.

Libra a los creyentes, ¡oh, Señor!

de pensar que basta un gesto de caridad para curar tantos sufrimientos.

Los pobres los tendremos siempre con nosotros:

son el signo de nuestra pobreza como viandantes,

símbolo de nuestras desilusiones, un pedazo de nuestras desesperaciones.

Los tendremos siempre con nosotros, es más, dentro de nosotros.

Concede, oh, Señor, a tu pueblo en camino

el honor de vislumbrar a quien se ha parado a lo largo de la senda

y de estar preparado para darle la mano y ponerlo de nuevo en camino

con la certeza de que, quien espera en ti, no quedará defraudado.

Amén.

(D. Tonino Bello, *Palabras de amor*)

O bien:

P. Oh Dios, Padre nuestro misericordioso,

Hoy en día muchos de nuestros hermanos son abandonados por sus familias y por la sociedad.

No es por falta de pan, sino que son abandonados y expuestos al peligro y a la muerte por la falta de amor.

T. ¡Padre, perdónanos!

P. Te suplicamos que seamos capaces de amar sinceramente a los pobres que ni siquiera tienen fuerzas de mendigar comida, para que seamos misericordiosos, como Tú, Señor, rico en misericordia.

Haznos capaces de amar a aquellos que están abandonados y crucificados, a los numerosos *Cristos* de este mundo, para que aprendamos a amar no con las palabras, sino con los hechos y en la verdad.

T. ¡Padre, conviértenos!

P. Extendamos nuestras manos hacia Ti y hacia nuestros hermanos pobres.

Cuando compartimos nuestro pan con los hambrientos, llevamos alivio a los afligidos y a los enfermos, acogemos a los sintecho en nuestras casas, vestimos a los desnudos, buscamos estar cerca de los pobres, tocamos y sanamos sus heridas, la misma carne herida de Jesús redentor.

Solo así se curarán nuestras heridas, las de las familias y las de la sociedad.

T. ¡Padre, escúchanos!

P. Estamos sufriendo grandes pruebas y dolores a causa de la pandemia.

Arrepintiéndonos de nuestras vidas pasadas, reconociendo que somos una sola humanidad, que no nos salvamos nosotros solos, que nadie se salva a sí mismo, sino solamente amándote a Ti y a los pobres es posible construir tu reino en esta tierra.

T. ¡Padre, sálvanos!

P. Deseamos vivir en el amor de Tu Hijo Jesús que ha derramado hasta la última gota de su preciosa sangre en la cruz para arrancarnos del sufrimiento y de la muerte eterna, para transformar nuestro mundo en una casa acogedora donde nadie sea abandonado, un mundo en el que todos podamos amarte a Ti y al prójimo como a nosotros mismos.

T. ¡Padre, ámanos! Amén.

Letanías a María, Madre de los Pobres

Señor, ten piedad
Cristo, ten piedad
Señor, ten piedad

**Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.**

Cristo, óyenos
Cristo, escúchanos

**Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.**

Dios Padre, Creador nuestro
Dios Hijo, Redentor nuestro
Dios Espíritu Santo, Santificador nuestro
Trinidad Santa, un solo Dios

**ten misericordia de nosotros.
ten misericordia de nosotros.
ten misericordia de nosotros.
ten misericordia de nosotros.**

Santa María
Santa Madre de Dios
Santa Virgen de las vírgenes

**guía nuestro camino.
ilumina nuestra senda.
danos a tu Hijo.**

Hija del pueblo de Dios
Virgen de Nazaret
Elegida entre las mujeres

**guía nuestro camino.
ilumina nuestra senda.
danos a tu Hijo.**

Virgen sencilla de corazón
Mujer del trabajador José
Reina de la familia

**guía nuestro camino.
ilumina nuestra senda.
danos a tu Hijo.**

Mujer de nuestro pueblo
Esperanza de los oprimidos
Confianza de los más pobres

**guía nuestro camino.
ilumina nuestra senda.
danos a tu Hijo.**

Virgen, Madre de Cristo
Virgen, Madre de la Iglesia
Virgen, Madre de los hombres

**guía nuestro camino.
ilumina nuestra senda.
danos a tu Hijo.**

Madre que nos conoces
Madre que nos escuchas
Madre que nos entiendes

**guía nuestro camino.
ilumina nuestra senda.
danos a tu Hijo.**

Virgen hija del hombre
Hija de un pueblo peregrino
Presencia viva en la historia

**guía nuestro camino.
ilumina nuestra senda.
danos a tu Hijo.**

Madre que conoces el dolor
Madre al pie de la cruz
Madre de aquellos que sufren

**guía nuestro camino.
ilumina nuestra senda.
danos a tu Hijo.**

Señora de la alegría
Virgen luminosa
Reina de la paz

**guía nuestro camino.
ilumina nuestra senda.
danos a tu Hijo.**

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo

**perdónanos, Señor.
escúchanos, Señor.
ten misericordia de nosotros.**

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios

**para que seamos dignos de alcanzar las
promesas de nuestro Señor Jesucristo.**

P. Oremos: Padre bueno, concédenos engrandecer con María tu infinita bondad, y gozar siempre de su protección, pues en ella nos has dado una reina clemente con los pecadores y misericordiosa con los pobres. Por Cristo, nuestro Señor.

T. Amén.

Oración inspirada en el Mensaje del Papa Francisco para la VI Jornada Mundial de los pobres

Señor nuestro Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, te adoramos y te bendecimos porque, siendo rico, te hiciste pobre por nosotros, para que nos enriqueciéramos por medio de tu pobreza. Tu riqueza es tu amor, que no se cierra a nadie y llega a todos.

Por amor te has despojado de ti mismo y has asumido nuestra condición humana. Por amor te has hecho siervo obediente, hasta la muerte en cruz. Por amor te has hecho pan de vida, para que nadie carezca de lo necesario y pueda encontrar el alimento que nutre para la vida eterna.

Concédenos seguir el camino de tu pobreza –que nos libera y nos pacifica–, compartiendo la vida por amor, partiendo el pan de nuestra existencia con nuestros hermanos y hermanas, empezando por los últimos, para que se logre la igualdad y los pobres sean liberados de la miseria.

Enseñanos a acercarnos al pobre como a un hermano que tiende la mano para que nos aligeremos del peso y, liberados de tantos miedos y ansiedades insustanciales, lleguemos a lo que verdaderamente cuenta en la vida y que nadie nos puede robar: el amor verdadero y gratuito.

Recuérdanos que la verdadera riqueza consiste en el amor mutuo que hace que llevemos el peso los unos de los otros de manera que nadie quede abandonado o excluido. Libéranos del apego al dinero que nos impide ver las necesidades de los demás.

Oh, San Carlos de Foucauld, que, habiendo nacido rico, renunciaste a todo por seguir a Jesús y hacerte con Él pobre y hermano de todos, ruega por nosotros, para que, siguiendo tu ejemplo, no dejemos nunca de ser pobres en todo, hermanos de los pobres, honrando en ellos la imagen de Jesús. Amén.
¡Aleluya!

Propuestas pastorales

A menudo la pobreza se asocia con una desgracia, con un estado vergonzoso que hay que negar y esconder. San Pablo, en su segunda carta a los Corintios, explica, sin embargo, cómo esta es la condición que el mismo Jesucristo ha asumido por amor a nosotros. No solo se ha encarnado, no solo ha asumido sobre sí nuestras culpas, sino que se ha hecho también pobre, para que nosotros podamos enriquecernos con su pobreza.

Esta paradoja «que hoy como en el pasado es difícil de aceptar, porque contrasta con la lógica humana»², sintetiza el amor incondicional que Jesús siente por todos nosotros. Su pobreza se convierte en nuestra riqueza. Darse incondicionalmente al otro se convierte en fuente de riqueza espiritual.

No son necesarias grandes obras o acciones llamativas, bastan pequeños gestos con verdadero desinterés, como bien explicó Moisés al pueblo de Israel cuando le mostró los mandamientos: «Este precepto que yo te mando hoy no excede tus fuerzas, ni es inalcanzable. [...] Es más, está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que lo cumplas» (Dt 30,11.14). La palabra y el mandato que después Jesús viene a enseñar y que Él mismo sigue hasta la muerte, es uno: ama al prójimo como a ti mismo (Mt 22,39). En el amor hacia el prójimo se manifiesta el amor hacia Dios y Cristo nos recuerda, en efecto, que «en esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13,35). Por tanto, basta un vaso de agua, una palabra de consuelo, ofrecer un bocadillo. Sin embargo, para imitar a Cristo se necesita primero haberlo conocido y acogido en la propia vida. Si reconozco en el rostro del pobre el de Jesús, entonces también puedo acogerlo y amarlo como a Él.

Además, Cristo se ha hecho pobre, para que a través de su pobreza se pudiese manifestar la gloria de Dios. Cuantas veces nos reconocemos miserables y pobres en nuestros pecados y cada vez que caemos se revela nuestra debilidad humana. Sin embargo, precisamente a través de nuestra pobreza se manifiesta el poder de Dios, como nos recuerda san Pablo en la segunda carta a los Corintios: «Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2 Cor 4,7). Nuestra pobreza se convierte, por tanto, en riqueza solo porque es manifestación del poder de Dios; solo gracias a esto todo hombre puede aspirar a la santidad, a la completa imitación de Cristo.

En esta *VI Jornada Mundial de los pobres* podemos todavía imitar a Cristo amando a los demás, haciéndonos pobres por ellos con pequeños gestos de amor. Por ello, proponemos aquí algunas sugerencias pastorales que pueden ser asumidas y reformuladas según la sensibilidad y las necesidades de cada comunidad y promovidas en las diócesis y en las parroquias, allí donde se encuentren pobres y necesitados. ¡Acojamos la riqueza que nos ofrece el Señor haciéndonos pobres por los demás!

1. Invitar a las familias a rezar juntas el domingo.
2. Organizar visitas guiadas a museos o iglesias con catequesis explicativas para los pobres y/o niños de familias necesitadas.
3. Organizar una Misa para las mujeres embarazadas.

² Papa Francisco, *Mensaje para la VI Jornada Mundial de los pobres*, n. 8.

4. Organizar misas para niños con autismo, tomando las precauciones necesarias (no poner música o ponerla más baja, homilía más breve, dejar que los niños se puedan mover libremente dentro de la iglesia, etc.).
5. Organizar encuentros informativos para los padres con psicólogos sobre trastornos de adaptación social de los jóvenes.
6. Invitar a los ancianos que estén solos a comer juntos.
7. Organizar una comida y un momento de compartir con los pobres, fomentando momentos de escucha.
8. En el momento de las ofrendas durante la Misa, animar a los niños y pedirles a ellos que las recojan.
9. Crear un fondo anual para una iniciativa caritativa periódica de la parroquia.
10. Organizar encuentros de oración para los encarcelados e invitar a antiguos presos a dar su testimonio.

Testimonios

El amor de los pobres

Al tener la oportunidad de repasar con calma la experiencia de la misión en Kenia, me he podido dar cuenta de que todo había comenzado muchos años antes de la verdadera partida, con la Jornada Mundial de las Misiones de 2007.

Hasta ese año no había frecuentado con asiduidad la parroquia, iba a Misa el domingo, pero nada más. Era mi primer año de universidad y me estaba acercando también a la vida de servicio en la parroquia ofreciéndome para la catequesis con los niños.

Así, un domingo por la tarde, tras escuchar el anuncio de una velada con ocasión de la Jornada Mundial de las Misiones en la que unos chicos iban a contar la experiencia que habían tenido en Mozambique durante el verano anterior, fui a escuchar lo que tenían que decir y contarme. Y fui sin conocer a nadie.

En aquellos años me esforzaba muchísimo por encontrar un sentido a las profundas diferencias de clase social que caracterizan las vidas en África y las nuestras en Europa, y, por tanto, sentía que tenía que ser útil, aunque fuera en lo más mínimo, poniendo a disposición del prójimo todo lo que el Señor me había dado.

Poco a poco me fui adentrando cada vez más en el servicio de la catequesis y de allí se abrieron muchísimos caminos, pero a mí me quedaba siempre el gusanillo de África, de esa realidad que para mí representaba el espejo de los últimos, hacia los cuales sentía que podía hacer algo, por pequeño que fuera.

Con el paso de los años (llegamos enseguida al verano del 2010) hice amistad con algunos jóvenes que formaban parte de un grupo llamado *Taller Misionero* que no solo tenía la finalidad de sacar adelante proyectos en lugares de misión, sino también de mantener un vínculo vivo con todo el territorio de nuestra parroquia de origen, de modo que todos se implicaran activamente en lo que era la “partida” de unos pocos.

Finalmente, en el 2013 se puso en marcha el proyecto. Tenía el corazón lleno de expectativas y de curiosidad, pero también de mil temores. Sin embargo, sentía que era lo que tenía que hacer, a pesar de las presiones que recibía en mi casa, donde no estaban nada contentos con mi decisión.

La oposición a la que tuve que enfrentarme varias veces fue: «Pero con todo el dinero que cuesta el vuelo, ¿no podrías hacer algo bueno allí?». Y este era, probablemente, el núcleo de la partida: encontrarse, acogerse, vivir y compartir el tiempo juntos, ponerse a disposición del prójimo, sea quien sea.

Después del cansancio (pero también de la diversión) del viaje, puedo decir que fuimos acogidos como solo una madre habría sido capaz. La alegría, el amor, la disponibilidad que todas las personas del pueblo nos mostraron y nos dieron han sido para mí la representación del amor incondicional de Dios. Ese amor que no piensa si le conviene o no dedicarte tiempo, que no trata de hacer lo suyo como bien...

Personas sencillas, pobres, dispuestas a privarse de su propia “nada” por mí, por nosotros.

Llevaban días esperándonos con bailes, cantos y comida preparada para nosotros. Su día dependía totalmente de nuestra llegada. Nunca creí que merecía todo este amor.

No sé qué he podido hacer por todas las personas que conocí en los años en Kenia, probablemente muy poco o mucho menos de lo que hubiera podido y querido. Pero estoy segura de cuánto he recibido. Porque he podido conocer sonrisas y escuchar historias que llevaré siempre conmigo.

Lo que intento hacer cada día, en mi trabajo como profesora, en mi servicio en la parroquia, en mi vida familiar, también es fruto de la experiencia en Kenia: intento llevar una “esperanza”, una sonrisa, un sencillo gesto de amor y acogida como yo misma he recibido al llegar a una nueva tierra.

No puedo evitar despertarme cada día en mi cómoda cama y darme cuenta de la fortuna y la riqueza que poseo y, por todo ello, dar gracias al Señor tratando al mismo tiempo de ayudar a todo el que se cruce en mi camino.

(Serena Rosselli, Catequista de la parroquia de San Hipólito - Roma)

Iglesia con un rostro inmigrante

En la frontera entre Tijuana y San Diego, que es la más grande del mundo, la migración ha sido, y será, al menos durante los próximos años, un gran reto para la sociedad, para sus autoridades, las asociaciones, la familia y la Iglesia.

En el siglo XXI, a pesar de sus grandes avances científicos, técnicos e industriales, familias enteras siguen viajando desde lugares remotos en un penoso calvario. Un duro éxodo que conlleva sacrificios extremos, limitaciones, abusos e incluso la muerte. Un gran número de personas llega cada día en busca de trabajo y mejores condiciones de vida, buscando escapar de la violencia, de la pobreza o de la miseria; algunos llegan solos, otros en grupos pequeños o en grandes caravanas, con ilusiones de cruzar al país vecino y realizar el llamado “sueño americano”, que en realidad termina, para muchos de ellos, en una terrible pesadilla.

La situación migratoria a gran escala que se ha generado en estos años conlleva una gran misión evangelizadora, caritativa y espiritual. La Archidiócesis de Tijuana, que está creciendo a un ritmo acelerado, cuenta ya con 3 millones de habitantes. Es una Archidiócesis con rostro de emigrante y compuesta por un mosaico de personas provenientes de lugares, culturas, idiomas y tradiciones distintas.

Frente a este reto que afrontamos, humildemente reconocemos que es una dificultad más grande que nosotros; sin embargo, nos esforzamos por aportar una contribución, ser un signo, un fermento en medio de la comunidad. Tenemos la riqueza del evangelio, con los valores cristianos y con tantas personas de fe que son solidarias y comprometidas por el bien de la sociedad. Además, podemos sensibilizar y animar la participación activa de la sociedad en todas las iniciativas a favor de los migrantes e invitar a las autoridades a asumir sus propias responsabilidades.

En Tijuana hay 5 casas para migrantes en las que se hace mucho bien, pero no son suficientes para satisfacer la creciente demanda con todos los problemas sociales que conlleva. Cada día buscamos reorganizarnos para dar una respuesta más eficaz inspirada no solo en el sentido humanitario, sino también en los valores del evangelio. Nos esforzamos por acompañar y dar asistencia completa a los migrantes. Buscamos respuestas alternativas, como un nuevo albergue para los migrantes, algunos espacios en las parroquias para acogerlos, recoger y mandar suministros a los centros de atención existentes, etc.

Como personas de fe reconocemos en nuestros hermanos migrantes no una amenaza, sino su dignidad de personas. Además, descubrimos en ellos la presencia de Dios, encontramos el rostro sufriente de Cristo que nos llama a una respuesta eficaz de amor. Es una alegría poder descubrir cada día el rostro de Cristo en el prójimo que sufre y poder así servirle.

Como ha insistido más veces el Santo padre, nuestro gran reto es crear una cultura del encuentro que anime a cada persona y a cada grupo a compartir la riqueza de lo que son con

los demás. La Jornada Mundial de los pobres es una ocasión más que nos ayuda a tomar conciencia y a comprometernos en la práctica de la caridad, donde somos todos hermanos que vivimos en una casa común.

(P. Jonathan A. Valadez Castillo, Archidiócesis de Tijuana - México)

Pobres en la enfermedad

Fue una experiencia inolvidable. Sinceramente, nunca consideré a los pacientes del Presidio Sanitario situado en la plaza de San Pedro como pacientes especiales. Creo, de hecho, que las personas son iguales ante la enfermedad. Por desgracia, la posibilidad de acceder a tratamiento es diferente y no deberíamos olvidarlo. Afortunadamente, vivimos en un Estado donde el derecho a la salud se garantiza todavía y debemos empeñarnos para sea siempre así y se pueda hacer siempre mejor. Además, me impresionaron los rostros de los pacientes, que mantenían una gran dignidad también en la dificultad. Lo que más me llamó la atención fue que se sintieran atendidos y cuidados, pero sobre todo que no se les dejara solos, que no se les abandonara. En esa clínica entendí el significado de la palabra bíblica “últimos”.

Se respiraba un clima de gran colaboración. Percibí, y creo que fue un sentimiento común entre nosotros, que estábamos haciendo algo verdaderamente importante por los pacientes. Habían venido médicos de toda Italia para ofrecer este servicio. Además, fue un momento estupendo de encuentro con los estudiantes de medicina y con los médicos “senior”. Ver en sus ojos la misma esperanza y el mismo entusiasmo fue para mí motivo de gran estímulo. Seguramente, la profesión de médico no es sencilla, porque además de intentar curar la enfermedad es necesario intentar curar al enfermo, a la persona. Creo que los pacientes me hicieron el regalo más grande: el conocimiento de que es necesario dejar atrás los temores y comprometerse con amor en aquello que se hace, siempre. Conservaré siempre en el corazón esta experiencia. Me llevaré las miradas de los pacientes, los *flashes* de la vida contados entre una vacuna y otra, las risas entre una broma y otra para aliviar la tensión de la visita y las sonrisas de agradecimiento de todos nosotros.

(Michela Di Lorenzo, voluntaria del Presidio Sanitario en la Plaza de San Pedro, 2020)

El logo de la Jornada Mundial de los pobres



La dimensión de la reciprocidad se refleja en el logotipo de la Jornada Mundial de los Pobres. Se observa una puerta abierta y en el umbral se encuentran dos personas. Las dos tienden la mano, una porque pide ayuda, la otra porque pretende ofrecerla. De hecho, es difícil comprender quién de los dos es el verdadero pobre. O, mejor dicho, ambos son pobres. El que tiende la mano para entrar pide compartir; el que tiende la mano para ayudar es invitado a salir para compartir. Son dos manos extendidas que se encuentran donde cada una ofrece algo. Dos brazos que expresan solidaridad y que provocan que uno no se quede en el umbral, sino que salga al encuentro del otro. El pobre puede entrar en casa, una vez que de la casa se ha entendido que la ayuda es compartir.

El texto del Apóstol al que se refiere esta VI Jornada Mundial de los pobres presenta la gran paradoja de la vida de fe: la pobreza de Cristo nos enriquece. Si Pablo pudo dar esa enseñanza – y la Iglesia difundirla y dar testimonio de ella a lo largo de los siglos – es porque Dios, en su Hijo Jesús, ha escogido y recorrido este camino. Si Él se hizo pobre por nosotros, entonces nuestra misma vida se ilumina y se transforma, y adquiere un valor que el mundo no conoce y no puede dar. La riqueza de Jesús es su amor, que no se cierra a nadie y sale al encuentro de todos, sobre todo de los que son marginados y privados de lo necesario.

ÍNDICE

Presentación de Mons. Rino Fisichella

Mensaje del Santo Padre Francisco para la VI Jornada Mundial de los pobres

Homilía del Santo Padre Francisco en la V Jornada Mundial de los pobres

Lectio divina

Comentario teológico-pastoral

Vigilia de oración

El Rosario de los pobres

Oración inspirada en el Mensaje del Papa Francisco para la VI Jornada Mundial de los pobres

Propuestas pastorales

Testimonios

El logo de la Jornada Mundial de los pobres



*Si queremos que la vida venza a la muerte
y la dignidad sea rescatada de la injusticia,
el camino es el suyo: es seguir la pobreza de
Jesucristo,
compartiendo la vida por amor,
partiendo el pan de la propia existencia
con los hermanos y hermanas, empezando por los
más pequeños,
los que carecen de lo necesario,
para que se cree la igualdad.*

Francisco